

## EL ENCUENTRO MONASTICO EN MEXICO (V EMLA, 13 al 23 de julio 1986)

*Los Encuentros Monásticos Latinoamericanos han llegado a ser parte de nuestra vida de comunión. En ellos, desde el primero, celebrado en Río de Janeiro en 1972, se pone de manifiesto la unidad de una búsqueda realizada a través de formas diversas, compartiendo esperanzas y anhelos. Los años transcurridos desde el primer EMLA y la regularidad de los encuentros sucesivos, con el firme y permanente apoyo de las organizaciones regionales (ABECA, CIMBRA, SURCO) y de las comunidades locales, permiten esperar que se han de seguir celebrando. Además, ellos se convierten en un foro más amplio, por la participación del Abad Primado de la Confederación benedictina, la colaboración en todos los órdenes del Secretariado General de AIM, la asistencia de algunos superiores y superiores de las casas fundadoras de Europa y América del Norte. Participar de un EMLA es algo que difícilmente se olvidará; también los que han intervenido en el de México tendrán siempre consigo el recuerdo de una hospitalidad afectuosa, de un clima fraterno, de una reflexión comprometida, alumbrada por la fe y por la comprobación de la vocación común. Pero la experiencia más fuerte realizada en el Vº EMLA sea tal vez haber compartido las deliberaciones y trabajos con un mismo espíritu, pues ya sea por los años de conocimiento y de acercamiento, ya sea por la evolución de la Iglesia en general en nuestro continente, ya sea por la profundización en los temas específicos, los presentes nos encontramos en un plano de acuerdo, muy lejos de las discusiones de otras oportunidades, coincidiendo mucho más al evaluar las situaciones y plantear las opciones y alternativas del futuro. Se pudo apreciar, en el marco continental que ofrece la Unión Monástica Latinoamericana (UMLA), lo que ya habíamos conocido en nuestra Asamblea*

de SURCO (abril 1986): coincidencia creciente, valoración de la especificidad monástica, respeto por la pluralidad de formas.

*Lo que sigue no será una Crónica completa, y difícilmente refleje todo lo que se vivió en esos días del Encuentro, pero al menos ofrecerá a nuestros lectores una mención de los temas debatidos y expuestos, que indicarán cuáles son las preocupaciones actuales de la gran familia benedictino-cisterciense de América Latina. A esta información somera agreguemos que, siendo el EMLA una actuación práctica de la hospitalidad benedictina, cada Encuentro es diferente, porque cambian el lugar y las personas que acogen, y ello le confiere un carácter propio, que se refleja también en el ritmo de trabajo, en las preocupaciones con que se abordan los temas, en las conclusiones, en fin, en el conjunto de las deliberaciones. Por eso, a continuación, anotaremos algunas impresiones recogidas durante la estadía en México, acerca de las comunidades allí implantadas y que pudimos visitar, y en las que fuimos recibidos con caridad inolvidable.*

### **La vida monástica en América Latina y el Concilio Vaticano II**

*Con el tema del título se reunió el Vº EMLA, de cuya riqueza sería una mención apenas suficiente el elenco de las conferencias. Nuestro relato omitirá muchos aspectos y matices de las relaciones presentadas, aunque esperamos que podrá transmitir el contexto en que fueron leídas. Los textos serán publicados oportunamente en la Revista San Anselmo, del Monasterio del Tepeyac, por eso me limitaré a una rápida reseña, consciente de lo imperfecto de la misma.*

*Las conferencias fueron nueve, dos a cargo de ABECA, tres de SURCO y tres de CIMBRA, más la relación de Mons. Ricardo Cuéllar, especialmente invitado. Las tres primeras (P. Rocha, L. Ferrer, F. Rivas) echaban una mirada retrospectiva a la renovación postconciliar en nuestro continente, mientras que las restantes ofrecían pistas de reflexión para una visión prospectiva.*

*El P. Abad Paulo Rocha, de Bahía (CIMBRA), desarrolló el tema: El Concilio Vaticano II en la vida de la Iglesia, que fue como una recapitulación de los propósitos y las propuestas del Concilio. Las preguntas hechas para la discusión en grupos atrajeron la reflexión sobre nuestro continente y la aplicación en él del Concilio. Entre los medios sugeridos para facilitar la recepción del Vaticano II en América Latina, fue señalada la oración, como aporte monástico, y otras formas exteriores de presencia y de actividad, que derivan del carisma propio: la unidad, la hospitalidad, el ecumenismo, etc. El Vaticano II y el redescubrimiento de los valores monásticos fue el título de la conferencia del P. Prior Lorenzo Ferrer, de Usme (ABECA), que supo desprender una hermenéutica para identificar los va-*

lores monásticos en el contexto de la renovación conciliar, remontándose a los movimientos que lo precedieron e influyeron en su realización (biblico, litúrgico, patristico). Los debates en los grupos estuvieron centrados en las preguntas propuestas por el orador y que significaban una aproximación directa a nuestra vocación de monjes. El Hno. Fernando Rivas, de Luján (SURCO) tuvo a su cargo la relación: *El impacto del Concilio Vaticano II en la vida monástica en América Latina*, que cerraba la serie de ponencias con un enfoque histórico. Reseñó las etapas de la renovación a partir del Concilio, y aunque se limitó al Cono Sur, sus conclusiones pueden extenderse al conjunto del monacato americano, con las lógicas adaptaciones.

Del P. João Evangelista Enout, de Río de Janeiro (CIMBRA), ausente, se leyó su trabajo: *El compromiso radical de la vida monástica y el relativismo del mundo moderno*, donde describía las condiciones difíciles que la sociedad de hoy presenta para la difusión del mensaje evangélico, y en particular, a causa de las renunciaciones que exige la vida monástica. Mons. Ricardo Cuéllar Romo, Secretario Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Mexicana, fue invitado para exponer sobre: *Vida monástica en América Latina y su inserción en la vida de la Iglesia local*. Su visión, marcada por las aplicaciones hechas por los obispos latinoamericanos en Medellín y Puebla de las orientaciones conciliares, se centraba en la realidad teológica, espiritual y pastoral de la Iglesia local, para situar en ella a la vida monástica, como uno de los centros de atracción e irradiación. El P. Mauro Matthei, de Llíu-Llíu (SURCO), en una breve exposición: *Vida monástica en América Latina e inculturación*, propuso algunas hipótesis de trabajo que harían posible una adaptación de la vida monástica en un medio cultural y social determinado, afirmando la bipolaridad del proceso: la vida monástica que se desea implantar y la cultura que recibe y también influencia y transforma, con una clara preeminencia del Evangelio frente a la cultura. La siguiente conferencia: *La vida monástica en América Latina y los derechos humanos*, por la M. Priora Patricia Henry, de México (ABECA), tras una presentación doctrinal e histórica del tema de los derechos humanos especialmente en el ámbito benedictino, propuso diversas líneas de aplicación, en el respeto de la persona, la promoción de la paz, los valores contemplativos, la condición de la mujer y de la religiosa. La M. Abadesa Mectildes Vilaça Castro, de Olinda (CIMBRA), trató el tema tan actual: *Medios de comunicación social y vida monástica*, y la M. Priora Cándida M. Cymbalista, de San Antonio de Arredondo (SURCO), se refirió a: *La vida monástica y el proceso de socialización en América Latina*. Ambas ponencias mostraban cómo, desde una práctica renovada, pueden integrarse las conquistas de la sociedad contemporánea, sin sacrificar a los nuevos ídolos.

A estas conferencias con sus respectivos discusiones en plenarios y en grupo, debemos agregar las palabras inaugurales del P. Abad Primado de la

**Confederación Benedictina, D. Víctor Dammertz, sobre: El Sínodo de Obispos de 1985: un nuevo impulso a la realización del Concilio.**

Mencionamos ya el clima de comprensión y de acuerdo que reinó en general durante el Encuentro. Hubo aspectos que, de haberse tratado, podían generar diferencias, como la definición de la especificidad monástica benedictina, por ejemplo. Por un lado, es innegable el progreso hacia una coincidencia mayor, que es sin duda un fruto del Concilio y del retorno a las fuentes genuinas de nuestra tradición. Por otro, la realidad monástica mexicana sugería muchas reflexiones, y no podía dejar de influenciar el desarrollo del Encuentro. A esas características nos referiremos en la segunda parte.

La celebración diaria de la Eucaristía y del *Opus Dei* —en una versión abreviada, temáticamente orientada y de estilo popular, que mereció algunos reparos de los asistentes—, la visita al Santuario de la Virgen de Guadalupe, los encuentros con las comunidades locales que incluían una participación en la oración, hicieron mucho para que el intercambio de ideas se volcase en la dimensión esencial de la vida monástica, en la oración, en la caridad, en el trabajo compartido. En síntesis, el Encuentro dejó un saldo rico y satisfactorio, nos ayudó a ver, con la perspectiva de los años transcurridos desde el Concilio, el efecto de este gran acontecimiento eclesial, que renovó las estructuras y los corazones, y nos sigue proponiendo metas aún no alcanzadas. Para todos, el Encuentro ofreció panoramas nuevos, superando la preocupación de lo inmediato; pienso, por ejemplo, en los derechos humanos, con referencia especial a los pobres, los perseguidos, la situación de la mujer; en la socialización, expresada en una dimensión comunitaria y personalizante, y en relación con el trabajo; en la cultura, considerada no como objeto solamente, sino como acción del cuerpo social, y en donde no puede faltar la presencia benedictina.

En lo que hace a la organización, fue positivamente apreciada, aplaudiendo la acogida, el nivel de las conferencias, la Exposición, que con competencia y gusto organizó el P. Gabriel Chávez de la Mora. Se lamentó que la dinámica no previese un funcionamiento más eficaz de los grupos y que los plenarios no bastasen para discutir la materia tan rica de las relaciones. Estábamos alojados en el Centro de reuniones de la Conferencia Episcopal Mexicana, situado en mismo predio de la Abadía del Tepeyac, nos reuníamos en el Colegio de los monjes y rezábamos en la bella iglesia monástica. El Abad Plácido y los hermanos del Tepeyac, con la colaboración de otras religiosas de ABECA, nos ofrecieron una hospitalidad que no podemos ponderar suficientemente, y que les agradecemos de todo corazón.

El próximo EMLA ha quedado fijado para 1990, en el Cono Sur, y el Presidente de SURCO presidirá hasta entonces la UMLA.

## La vida monástica en México

*El conocimiento del monacato mexicano fue muy interesante y enriquecedor, y también cuenta para interpretar algunas posiciones que se dieron durante la reunión. La presencia de los benedictinos de Montserrat en la capital de la Nueva España no dejó más rastros, después de su extinción en el primer tercio del siglo XIX, que la iglesia y el edificio del monasterio (reducidos por el ensanchamiento de la calle José Ma. Izazaga a proporciones ridículas), hoy sede del Museo de la Charrería. Este precedente nada influye en los esfuerzos de implantación que se realizan hoy. Pero otra experiencia, también fenecida, puede aportar muchos elementos positivos que ayudarán al desarrollo de la vida monástica en México; me refiero al Monasterio de Santa María de la Resurrección, en Cuernavaca. Suprimido en 1968, algunos de sus monjes han perseverado en otros cenobios, pero la continuidad de su inspiración vale en cuanto constituyó, en su momento, una realización equilibrada entre la tradición y la adaptación. Cuando hayamos expuesto el estado del monacato mexicano se comprenderá el por qué de este aserto.*

*Las casas existentes de monjes benedictinos se deben a abadías norteamericanas; son tres, la Abadía del Tepeyac, los Prioratos de Morelia y de Cuernavaca. A ellos puede agregarse la pequeña comunidad de La Soledad, fundada por el Monasterio también norteamericano de Cristo en el Desierto. Además, existe el Monasterio de monjas de Santa María de Guadalupe, Cuernavaca, el Convento de San Benito, de las Hermanas de la Federación de Santa Escolástica, en México, y dos trapas, una de monjes, en Jacona, y otra de monjas, en Ciudad Hidalgo. Para los que íbamos desde el Cono Sur constituía una novedad la existencia de varias congregaciones de religiosas de vida activa, de origen diocesano, que buscan vivir según el espíritu de la Regla benedictina, pero de las cuales solo una, las Misioneras Guadalupanas de Cristo Rey, están asociadas a la Confederación benedictina.*

*Todos estos monasterios y congregaciones forman, dentro de ABECA, la Unión Benedictina Mexicana (UBM), organización activa y eficiente, que agrupa la variedad de comunidades que se reclaman del título de hijos e hijas de san Benito. Es esta variedad, justamente, la que da al monacato mexicano un carácter indefinido, pues coinciden en las reuniones, cursos y demás iniciativas hermanos y hermanas de distintas tradiciones pero también con distintas orientaciones y objetivos. En efecto, podemos distinguir en la UBM dos grandes grupos, uno monástico, el otro congregacional o activo, y entre los dos, la comunidad de hermanas benedictinas de la Federación de Santa Escolástica. Nos explicamos: en el primer grupo se encuentran los que son canónicamente monjes y monjas, y dentro de él podemos apreciar un núcleo dedicado exclusivamente a la vida monástica claustral (los trapenses, desde luego, y las monjas de Ahuatepec, en Cuernavaca), y otro, formado por las*

fundaciones de origen norteamericano, que son los monasterios benedictinos masculinos del Tepeyac, Cuernavaca y Morelia, que asumen diversas obras de apostolado, dentro y fuera del monasterio. En su conjunto, el monacato masculino es todavía frágil, aunque algunas casas tienen varios años de vida y fueron dotadas generosamente con elementos humanos y materiales por sus abadias fundadoras. No tuvieron el desarrollo esperado, en personal, y su influjo en la Iglesia y en la sociedad se debe a su extraordinario dinamismo apostólico más que a una presencia específicamente monástica. Esto último a causa del espíritu pastoral con que se hicieron las fundaciones, y cabe preguntarse si no es en cierta manera la razón de su arraigo incierto en el país. Al observar la religiosidad profunda del pueblo, el carácter sencillo y generoso de los jóvenes que se encuentran en los monasterios, su aspiración por una vida comunitaria más estructurada en los valores fundamentales como la oración y el trabajo, uno no puede dejar de pensar que si se reforzaran estos aspectos, para los cuales, por lo demás, reciben en sus monasterios y en los cursos de la UBM una formación, la respuesta vocacional sería más amplia y el lugar de esas comunidades en la Iglesia sería también mucho más significativo. Esto se refiere sobre todo a los monasterios de monjes benedictinos, porque los trapenses, monjes y monjas, y las hermanas de Santa María de Guadalupe llevan una vida claustral en la fidelidad a su carisma, que sin duda es una bendición para México. Se trata, sin embargo, de comunidades apenas implantadas, todavía pequeñas, que no llegan a constituir un factor de peso en el conjunto de la UBM, en el que se encuentran algo aisladas.

En el segundo grupo hemos situado a las hermanas de vida apostólica. Estas tienen entre sí dos puntos en común: son de origen mexicano (cuatro, de las cinco congregaciones; una sola es de derecho pontificio y asociada a la Confederación OSB), y en general, asumieron la Regla y la espiritualidad benedictina sin considerar por ello que se entregarían a la vida monástica. Como varias de esas comunidades tenían ya una trayectoria recorrida, no modificaron mayormente sus apostolados ni forma de vida; más aún, su espiritualidad originaria fue conservada.

Su gobierno es el centralizado de las congregaciones modernas y están reunidas en pequeño número de hermanas en sus residencias; su estilo de vida y de trabajo se parece bastante poco al de las comunidades tradicionales y su formación se orienta evidentemente según las características indicadas. En la confrontación de experiencias en los debates y reuniones grupales del EMLA se podía apreciar cómo la adaptación de la Regla se veía determinada por su historia particular, las condiciones de su vocación apostólica y su inserción en el medio. Sin negar la calidad de su testimonio espiritual y de su colaboración en los apostolados, (también de los monasterios benedictinos de monjes), es evidente que su presencia en el seno de una organización monástica como la UBM o ABECA, y en el cuadro más general de la UMLA,

plantea algunos problemas, por la diferencia de estilos y de vocaciones, que lleva a una interpretación de la Regla y de la doctrina tradicional del monacato que cuesta reconocer como derivada de los mismos.

Entre ambos grupos se encuentra, como hemos dicho, el Convento de San Benito, situado en la Ciudad de México, de las hermanas benedictinas de la Federación de Santa Escolástica, en los Estados Unidos, donde dirigen un gran colegio y desarrollan otras misiones pastorales. Es sabido que estas hermanas norteamericanas tienen origen en las monjas bávaras que se instalaron en los Estados Unidos a mediados del siglo pasado, atraídas por ese gran apóstol que fue el Abad Bonifacio Wimmer. Las actividades pastorales y misioneras las llevaron a modificar la orientación prevalentemente claustral de su vida, y así, por una intervención de la Santa Sede, se convirtieron jurídicamente en hermanas de vida activa. Este hecho es sentido todavía hoy como un empobrecimiento de su carisma y de su testimonio, que les fuera impuesto desde afuera. Pero supieron conservar una espiritualidad, formas de vida comunitaria, de gobierno, una formación doctrinal, que están más próximas a la tradición de la Regla que a las congregaciones modernas. Esto provoca, sin duda, algunas situaciones delicadas, que precisan mucho equilibrio para ser resueltas. En todo caso, la búsqueda de su identidad benedictina junto con un trabajo educacional y pastoral comprometido, les confiere una fisonomía actual, que se irá definiendo cada vez mejor. Como una respetuosa observación podría agregar que convendría distinguir mejor entre las tendencias que hoy día afloran en la vida religiosa en los Estados Unidos, inspiradas más por el secularismo y ciertas reivindicaciones sociales y culturales que por causas evangélicas, y la profundización en los valores benedictinos. El esfuerzo meritorio por remontar la pendiente hacia la recuperación de su patrimonio particular como benedictinas, podría quedar comprometido por otras influencias que son, creo, contingentes. Considero separadamente a estas hermanas de las del segundo grupo arriba mencionado, porque su vida y espíritu tiene mayor semejanza con la vida (y también los problemas) de los monjes del primer grupo. Delante de ellas tienen una hermosa tarea como puente entre la tradición y la modernidad, encarando una revitalización monástica a la vez que facilitando su experiencia a otras comunidades que desean aproximarse al árbol benedictino, especialmente las congregaciones del segundo grupo.

Como se ve el futuro monástico de México no está aún definido. La UBM realiza un esfuerzo valioso de acercamiento y promoción, especialmente a través de los cursos de formación y las publicaciones. El contacto con el monacato de otras latitudes —como en el EMLA— también ha de ser beneficioso. Para esto la UBM es un instrumento funcional apropiado, pero cuyos contenidos y metas necesitan precisarse mejor, como se está realizando de hecho en los diferentes órdenes. No queremos concluir con una impresión negativa o reservada. Es innegable la contribución apostólica

que se hace, y que en el trabajo pastoral se integran elementos de la vida benedictina. El mérito de esos hermanos y hermanas es grande, esforzándose por servir a Dios en el ministerio con una orientación benedictina y en circunstancias que no la favorecen. Pero todavía la presencia monástica no llega a ser percibida en su simplicidad y en su transparencia, por la rica floración de iniciativas que oscurece el mensaje que debería ser primordial. La desigual proporción numérica entre ambos grupos dentro de la UBM y la urgencia de ciertas tareas exteriores, obstan para una inserción más genuina. Por otra parte, el esfuerzo de clarificación y fundamentación que se está haciendo ya va dejando su fruto.

Es aquí donde el recuerdo de la comunidad de Nuestra Señora de la Resurrección en Cuernavaca puede ser inspirador. Su vida de oración, simplicidad, trabajo, que tuvo tanta acogida en la Iglesia en México y que recibió una notable respuesta vocacional, marca aún hoy, evitando todo romanticismo, un camino para enraizar la vida monástica en el pueblo mexicano.

El monacato mexicano tiene las posibilidades espirituales y humanas para encarar una etapa nueva y maravillosamente creativa. Nuestro Encuentro nos dio la pauta, a los que llegábamos de lejos, de las riquezas que allí se encuentran; en unión con nuestros hermanos, oramos y esperamos que lleguen felizmente a la meta.

Martín de ELIZALDE, osb

Abadía de San Benito  
CC 202  
6700 Luján - Argentina

¿Ha pensado usted en ofrecer como regalo de Navidad una suscripción a  
CUADERNOS MONASTICOS año 1987?